



Santo Tomás, hombre de su siglo

Santo Tomás fué un auténtico hombre de su siglo: Desde el Renacimiento hasta nuestros días, no ha sido condición frecuente en los pensadores católicos ésta de marchar al compás de su tiempo y, por lo mismo, delante de él en cuanto cada presente histórico involucra un movimiento hacia el futuro. Supo romper con lo que una tradición anquilosada tiene de impedimento para el avance; supo afrontar las últimas novedades del pensamiento filosófico aunque procedieran de un sabio pagano y fuera transmitido por manos tan poco seguras como las de árabes y judíos. Evitó magistralmente esa forma de servilismo cultural que se adapta a las novedades cuando ya dejan de serlo, porque fué él mismo originador de esas novedades y culminación de su tiempo. Santo Tomás viene a ser el hombre de la Edad Media por lo que respecta al pensamiento filosófico-teológico como Dante lo es por lo que se refiere a la poesía y Alfonso X, al derecho.

Quando aseguramos que es el hombre de la Edad Media no apuntamos a una mera denominación histórica, sino a algo más hondo: ante todo, porque desde entonces han transcurrido muchas centurias para cuya representación no se puede ofrecer una figura católica indiscutible; pero, además, porque llegó a ser no sólo el representante sino la culminación de su tiempo, el dardo que lanzó aquella edad luminosísima a ese cielo en que sólo se conserva lo perenne, lo permanentemente vivo.

Es verdad que a su figura humana le faltan aspectos de su época: entre otros, los que suponen una fuerza biológica desencadenada y violenta sin sometimiento a cauce ninguno, tal como se patentiza en varios miembros de su misma familia. Sus hermanos gustaban más de la espada y la violencia, vivieron presos y desterrados o victoriosos y rebeldes, más interesados de momento por esta vida que por la otra; no entendían la forma de vida de su hermano menor y así se lo arrebataron violentamente a los dominicos con quienes iba a Francia con intención de hacerse fraile, para encerrarlo en una torre donde poner a prueba la carne de aquel, que por ser hermano suyo, la suponían tan rebelde como la propia. Fué de las pocas veces en que bramó iracundamente Tomás arrojando definitivamente de sí toda tentación carnal.

Poseía, en cambio, una de las características más valiosas del medievalismo, época de egregias síntesis y magníficas construcciones, radicadas en un fundamental universalismo: ya en su misma sangre contaba con esta abertura a lo universal, pues nacido en el sur de Italia, cuenta con ascendencia normanda por parte de su madre, lombarda por la de su padre. A este europeísmo universalista de su sangre va a superponerse el superior sentido universalista de su formación intelectual y de su trabajo: de Grecia recogerá ~~xxx~~ su herencia filosófica en los moldes aristotélicos y platónicos; de Roma, las ideas de Agustín y el soporte de Boecio, además del significado católico -universal- de la sede pontificia; de Alemania la enseñanza impar de Alberto Magno, empeñado en la elaboración de un método científico nuevo y en la introducción de nuevas ideas contra la rutina imperante; de España con el hábito dominico, la espiritualidad de Santo Domingo, y en lo profano la metafísica aristotélica a través de la escuela de traductores de Toledo, y las doctrinas de árabes y judíos, especialmente de su gran enemigo doctrinal Averroes. Y como no admitió limitación para sus horizontes científicos tampoco aceptó particularismos regionalistas o nacionalismos míopes y constringentes al impartir su enseñanza: Alemania, Francia e Italia escucharán sus lecciones; para el problema español de judíos y mahometanos escribirá la Suma contra Gentiles.

Este universalismo que arranca de su personal base biológica, se perfecciona en alas de una ponderada educación abierta y se sublima a impulsos de la caridad y la concepción cristiana de la vida, origina su especial modo de filosofar y, en otro sentido, es resultado de su especial talante filosófico que pudiera calificarse como congénitamente esencialista y universalista, anclado decisivamente en lo profundo y

de la acción suscitada y regida por perturbadoras incitaciones externas, se legitima el retraining que impide el "des-vivirse" y el "des-personalizarse" entre las cosas. No se trata, pues, de ineffectividad sino tan sólo de la negación de una actividad entendida al modo de los pragmatistas y los negociantes del espíritu.

Porque hay una actividad superior en la que debe desembocar la interioridad y la contemplación pero que, para cobrar su exacta medida debe ser resultado y no principio original. Su primera y previa instancia está señalada en aquellas palabras de Hegel que parecen escritas a la luz de la fundamental postura de Tomás de Aquino y en las que se alude a un "replegarse hacia sus adentros y volver en sí, ganar el espacio y el suelo necesarios para su reino propio, en donde los ánimos se eleven sobre los intereses cotidianos y se dejen ganar por lo verdadero, lo eterno y lo divino, elevándose hacia la contemplación y la asimilación de lo alto". Pero no para permanecer ahí; el santo pensaba que una mayor perfección exigía el transmitir a los otros lo que en esa primera instancia se había adquirido. Así la actividad esforzada de su contemplación se convertía obviamente en activísima producción y en influjo sobre los hombres y las ideas que le circundaban.

Dentro de esa actividad superior, la única a él asequible si quería mantenerse fiel a sí mismo y a su singular vocación, fué un denodado e infatigable operario. Para probarlo bastaría con apelar a su obra escrita, ingente en la extensión pero más ingente aún si atendemos al rigor, a la calidad, a la seriedad y profundidad con que fué meditada sin concesiones a lo fácil o a lo superfluo, para lo que no tuvo tiempo en los breves 49 años de su vida. De él escribe Chesterton que era de esos hombres amables cuando se les interrumpe en su trabajo pero que están más contentos si no se les interrumpe; su descanso consistía en andar a grandes pasos rápidos con la cabeza alzada más atento a la revelación del ser que a los propios movimientos de significación puramente subjetiva: su problema personal estaba resuelto definitivamente dentro de una solución que se plegaba sin rotura alguna con la vocación y la misión de su vida, tal como es manifiesto en la absoluta unidad psicológica sin vacilaciones de su personalidad y su existencia.

Cierto es que no se le podría clasificar como hombre práctico ni como afable hombre de sociedad. Cada vez más era arrebatado hacia una vida profunda, esencial en persecución teórica de la verdad total de las cosas, y en afán de identificar su vida con las exigencias de esa verdad. Esta llama interior fué consumiendo las restantes posibilidades de su vida que no se amoldaban a su más auténtica y absoluta posibilidad; fácilmente la intensa dedicación de su alma a lo trascendente, a lo "meta-físico" le hacía perder contacto real con el contorno sensitivo y con la conversación ligera tanto en la presencia del mismo Rey de Francia como en el refectorio de los frailes o en los caminos de sus misiones; esa misma actitud enteriza y unitaria le hacía perder la nimia ductilidad que exigen las cosas múltiples y pequeñas, como esa dedicación atenta a lo sustancial y permanente le hacía distraerse colocándole en el extremo opuesto al de esos hombres que están atentos a todo y parecen, a veces, confundirse con ceremoniosos lacayos. Si le gustaba más estar callado que perdido en conversaciones fútiles era porque en el silencio iba germinando su palabra; esos silencios que liberaban a sus palabras de cualquier vislumbre de fatuidad de modo que nunca se podrá decir de él que hablara más de lo que callaba. De ninguna manera puede estimarse esto como desprecio; no despreció nunca a nadie y, sobre todo, no despreció ni a los sencillos ni a sus oponentes intelectuales. Si pudiera atribuírsele alguna forma de menosprecio sería respecto de las apariencias de los vanos y las mentiras de los seudointelectuales. (Este concepto de pseudo intelectual, "gloriabundus de falsi nominis scientia" está descrito y enardecidamente rechazado en un pasaje célebre contra los adversarios de los mendicantes en la Universidad y los averroístas).

Este rechazo de las apariencias, esta ansia severa por la desnuda objetividad de las cosas se comprueba en la falta de especiales formas estilísticas de su obra escrita. No nos interesa aquí el detalle sinc

su significación aclaratoria de la personalidad y del estilo de pensar que le caracterizaban. Bréhier apunta a este respecto ~~en~~ limpidez tranquila de estilo junto con hábitos literarios muy alejados de los nuestros y falta de enoción y arrebató; dentro de estas perspectivas son muchos los que aprecian una absoluta desubjetivación y aun despersonalización en la tónica general de sus obras fundamentales. Sin embargo, un conocedor tan profundo de su obra y de paladar tan exquisito como Maritain ha escrito: "Cada uno de sus silogismos es como la síntesis de sus plegarias y de sus lágrimas, y ese sosiego lúcido que en nosotros produce su palabra, proviene, sin duda, de la invisible impregnación de sus anhelos, presente en todos sus textos, y del tenaz impulso de su vehementísimo amor".

Ya quedó insinuada antes, como nota que le caracteriza, un esfuerzo vigoroso y consubstancial por retirarse él y sus problemas subjetivos en el intento de captación de las cosas en sí. No pretendía primariamente "recrear" la potencial vitalidad de los objetos sino "reproducir" en el concepto las intelectuales dimensiones verdaderas de las esencias, transfundir en el lenguaje más luminoso el resultado de su visión puramente intelectual de la verdad; para él la palabra no era sino signo inmedia to del concepto, y el concepto contacto intelectual con las esencias. San Agustín había enrumado su prosa hacia tonalidades distintas dándonos, a su vez, la realidad percibida, pero a través de la sacudida emocional que esa percepción suscitaba en su corazón anhelante e inquieto. En este sentido puede asegurarse que en éste es el hombre entero quien va en busca de la verdad mientras que en Santo Tomás la subjetividad emocional calla cuando la mente despierta escucha. Mas no se puede concluir de ~~este~~ esto la despersonalización de su estilo en un orden absoluto o peyorativo; una página de la Summa sólo puede ser escrita por su pluma: la sinceridad absoluta en la busca de la verdad; el afán permanente por hacer sencillas, claras y asequibles las más intrincadas cuestiones; la luminosidad serena, inalterable con que fluye el pensamiento en sosiego y en moderación constantes; el rechazo de toda forma meramente apariencial desligada de su subordinada misión significativa; la paciente objetividad y el cuidadoso recato emocional o imaginativo; la limpidez y seguridad de su avance rectilíneo; la densidad exactamente calibrada de su decir en que se compendian, en apretadas frases felicísimas, análisis inúmeros... todo ello patentiza la presencia de una personalidad irresistible siempre igual a sí misma en la potencia mental y en los modos expresivos.

Su vida antes que su pensamiento había demostrado indubitavelmente una vigorosa personalidad independiente y segura: se había decidido por los dominicos cuando todos le impulsaban a ser monje de Monte Casino; se inclina por Aristóteles cuando su contorno cultural y eclesiástico batallaba por el agustinismo; pelea abiertamente en la Universidad contra discípulos y maestros en un ambiente apasionado y enrarecido; se separa del mundo y trabaja en soledad una obra que agotó su juventud; mantiene toda su vida una fidelidad inobjetable a su vocación de santidad y apostolado intelectual. ~~recomendada~~ Todo en él patentiza ese modo de superior personalidad consistente en la subordinación perfecta de su vida a las exigencias más perfectas y auténticas de su ser. No pretendió directa y primariamente formas novedosas de originalidad pero ésta fluía como resultado obvio de su personalísima singularidad; Guillermo Tocco, su primer biógrafo, al comentar la enseñanza inicial de Tomás en París, señala nueve formas de novedad en sus lecciones: trataba nuevos temas con modo nuevo y peculiar de enfocarlos; aducía nuevas razones y las iluminaba con nueva luz; resultaban así nuevas opiniones o esclarecimientos nuevos de las antiguas. No contaba entonces más de treinta años.

Y ser nuevo en las cosas viejas, ser renovador en el tratamiento sencillo de temas antiguos trabajados por muchas manos es, tal vez, la forma superior de originalidad personal. En su obra hay desde luego mucha mayor novedad y profundidad de la que a primera vista aparece aun en aquellos casos en que parece reducirse a transmitir el pensamiento ajeno; tal vez, muchos de sus discípulos le han traicionado al darnos las fórmulas del tomismo sin el trasfondo implícito que las valoriza y carga de sentido auténticamente filosófico. De su realismo llamado ingenuo, as

gura Karl Rahner, en libro dedicado precisamente a la metafísica del conocimiento tomista, que se muestra más crítico de lo que pueda ser todo realismo crítico, si se lo entiende con los presupuestos fundamentales en que se basa. Las ingenuidades que puedan achársele en apreciaciones científico-naturales eran obligadas en su época y, por tanto, no imputables personalmente; de todos modos, representan detalles mínimos en un conjunto amplísimo y en una tarea gigantesca. Su sentido común es, en definitiva, la aplicación consecuente de una lógica que evita las contradicciones, la persuasión sentida y operante de que las cosas proceden de Dios y, por tanto, junto a su riqueza casi inabarcable conservan la simplicidad, la unidad y la armonía de su Fuente. Los seres en su pluralidad y el universo en su conjunto tienen para él inteligibilidad y explicación; pero esta explicación no debe ser imaginada sino descubierta en el contacto sumiso y activo con la realidad.

Espero completar estas observaciones en un próximo artículo, que completará el conjunto y contrabalanceará detalles, analizando el significado y el ejemplo que se descubren en la relación de Santo Tomás con la filosofía aristotélica, junto con la apreciación global de su humanismo cristiano. Aun con ellas no se pretende agotar su figura sino tan sólo valorar ciertos aspectos que hacen de Santo Tomás de Aquino una memorable pauta del intelectual católico.

